



TELÉFONOS SOBRE LA MESA

Un teléfono sobre la mesa, incluso si está apagado, cambia aquello sobre lo que la gente habla. La afirmación es de la psicóloga y profesora del MIT Sherry Turkle, y la he extraído de su libro “En defensa de la conversación”.

Lo leo y me veo a mi mismo en reuniones, en comidas, o en conversaciones de todo tipo, sacando el teléfono del bolsillo y dejándolo sobre la mesa, a mano.

La reflexión es importante, porque significa que el mero objeto en sí, independientemente lo usemos o no, ya condiciona la conversación. En concreto, afirma la autora, la conversación se mantiene más ligera, y se pierde la oportunidad de profundizar. Es como si ese testigo mudo nos llevase a mantenernos en un nivel más superficial, como si entendiéramos que no vamos a tener una “conversación de verdad”, porque algo se interpondrá, o como si nos frenara el tener ese testigo presente que puede “escuchar” nuestras palabras.

El teléfono móvil está representando un verdadero problema para las conversaciones. Yo soy el primero que no puedo evitar echar un ojo al teléfono si me entra un WhatsApp, pensando en que por un instante de pérdida de atención no pasará nada, pero lo que ocurre es que al final acabamos manteniendo conversaciones simultáneas con quien nos acompaña presencialmente, y con otras personas que tenemos al otro lado del teléfono. El resultado es que al final no prestamos suficiente atención a esa conversación en directo, y nuestro interlocutor no se siente suficientemente escuchado. Y en muchos casos nosotros no llegamos a “entrar” de verdad en esa conversación.

Dejar y pedir a la gente que deje el teléfono en algún lugar antes de ponernos a hablar parece un tópico, una pose, pero resulta que según la investigación es absolutamente necesario si queremos profundizar, y tener una conversación de verdad. Hagámoslo, al menos en lo personal. Podemos bajar a tomar un café con alguien sin el teléfono, estaremos 100% por el otro, y el mundo no se hundirá.